



***E-INNOVA PSICOLOGÍA: APROXIMACIÓN AL
DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD***

Raquel Moreno Camacho

Graduada en Pedagogía en la Universidad Complutense de Madrid

Fotografía elaborada por: Dieter Armando Vaupel

Dentro de las teorías de la personalidad, podemos observar cómo algunos autores mencionan el desarrollo de esta. Nos encontramos, por tanto, el enfoque psicoanalítico, el conductista y el enfoque del aprendizaje social, entre los más importantes. Respecto al enfoque conductista, cabe mencionar que considera el desarrollo humano en general como condicionado por el ambiente, susceptible a modelación mediante refuerzos y castigos (Riesco, 2007; Gautier y Boeree, 2006).

Por otra parte, según la teoría del aprendizaje social, los niños observan a los adultos, de manera que seleccionan características puntuales de varios modelos. Mediante la imitación de dichos modelos interiorizan ciertas características y comportamientos y, en base a ello y sus propias características, van desarrollando su personalidad (Sandoval, 2012).

Nos centraremos, por su importancia, en el desarrollo de la personalidad según varios autores.

Siguiendo a los autores mencionados anteriormente, Freud realizó su teoría psicosexual en base a la observación de sujetos y sus zonas erógenas y la liga al desarrollo de la personalidad. Para Freud la pulsión sexual es la fuerza motivacional más importante, de manera que las personas se mueven por instintos agresivos o sexuales innatos que pueden ser controlados. Así mismo, gran parte de nuestra conducta puede ser explicada por motivos inconscientes reprimidos. En base a dichas ideas, estableció la teoría de los estadios psicosexuales. Las fases son: la oral, la anal, la fálica, la de latencia y la genital. En cada una de ellas surgen situaciones problemáticas para el sujeto en desarrollo.

La personalidad, según Freud, se desarrolla en función de las experiencias especialmente traumáticas que van asociadas a los estadios de desarrollo anteriormente mencionados. En este sentido, si un sujeto presenta dificultades en las tareas o situaciones conflictivas, tiende a contener hábitos infantiles o primitivos, lo cual se denomina fijación. Esto, a su vez, supone que cada conflicto o dificultad se refleje en la personalidad (Sandoval, 2012).

Como ejemplo, y en base al mismo autor, en la primera fase una de las dificultades que se presentan es un destete temprano. En este caso, el niño puede desarrollar un carácter oral-pasivo, que dará lugar a una personalidad dependiente, o bien un carácter oral-agresivo que da lugar a una persona cuyos comportamientos son agresivos.

Así mismo, en el estadio anal, una de las dificultades es el control de los esfínteres. Si los niños son presionados para hacerlo tempranamente, puede dar lugar a un carácter anal-retentivo, que se desarrolla en una personalidad perfeccionista y dictatorial. En el otro extremo, si se da demasiada importancia y refuerzos positivos al niño, puede dar lugar a un carácter anal-expulsivo o anal-agresivo, que desarrollará en una personalidad sensible, desorganizada y generosa pero también cruel y destructiva.

Por otro lado, Freud consideraba que los complejos de Edipo y Electra son las fuerzas centrales en el desarrollo de la personalidad, que se encuentran bajo las ansiedades y miedos que surgen desde los tres hasta los seis años que, a su vez, coinciden con la etapa fálica. La resolución de dichas fuerzas implica la aparición del superyó. El superyó es el aspecto de la personalidad que surge mediante los valores que han sido comunicados a los sujetos y estos últimos lo asimilan mediante el proceso de introyección. Así, el superyó, que se desarrolla alrededor de los cinco o seis años (final de la etapa fálica), surge por la identificación con el agresor. Su función es interiorizar inconscientemente las reglas paternas de lo que es correcto y lo que no, en gran medida por respuesta al miedo. Es la parte que monitorea la conducta del infante, tratando de evitar que el subconsciente actúe bajo sus impulsos (Gautier y Boeree, 2006; Sandoval, 2012).

Siguiendo a los autores anteriores, cabe mencionar que Erikson, por su parte, incidió en la importancia de las experiencias sociales y su influencia en el desarrollo de la personalidad. De esta manera, postuló la teoría del desarrollo psicosocial, donde definió ocho estadios de desarrollo o crisis en los que el sujeto ha de encontrar la virtud, es decir, un equilibrio. En el caso contrario, establece una tendencia maladaptativa o bien una tendencia maligna, que es peor que la anterior. A continuación se expondrán los estadios establecidos por Erikson teniendo como referencia a Gautier y Boeree (2006) y a Smith (1991).

En el primer estadio, denominado infancia o etapa sensorio-oral, el sujeto tiene un año o un año y medio. Consiste en lograr la virtud de esperanza, que se manifiesta en la capacidad de esperar a que los padres satisfagan sus necesidades con paciencia. En este estadio, se ha de desarrollar confianza, pero no en exceso. Si los padres son sobreprotectores, puede dar lugar a la tendencia maladaptativa denominada credibilidad. Sin embargo, si el sujeto

no puede establecer un apego adecuado, desarrollará desconfianza, aprehensión y suspicacia respecto a los demás, además de desarrollar la tendencia maligna de desvanecimiento. Este último extremo, conlleva a que el sujeto desarrolle una personalidad depresiva, paranoide e incluso psicópata.

En el segundo estadio o anal-muscular de la niñez temprana (dieciocho meses hasta los tres o cuatro años), el sujeto logra autonomía aún con cierta vergüenza y duda. En este caso, por parte de los padres o figuras de cuidado, deben permitir exploración y manipulación del medio con el fin de que desarrolle un sentido de autonomía o independencia. Como en el caso anterior, se requiere un equilibrio entre la autonomía, la vergüenza y la culpa para desarrollar la virtud de una voluntad poderosa. Así, el niño desarrollará autocontrol y autoestima.

En un extremo, si los padres sustituyen las acciones de exploración e independencia de los niños, asumirán que no pueden hacer las cosas por sí mismos. En el caso de que, además, se burlen de sus esfuerzos, el niño desarrollará vergüenza y duda, lo cual puede dar lugar a la tendencia maligna de compulsividad. Esto se manifiesta en un compromiso por seguir las reglas exagerado con el fin de asegurarse de hacerlo todo correctamente.

En el otro extremo, nos encontramos con la tendencia maladaptativa de impulsividad, cuando el niño tiene una libertad sin restricciones.

El tercer estadio es el denominado genital-locomotor o edad del juego, que comprende desde los tres o cuatro años hasta los cinco o seis años. Aquí se ha de lograr la virtud psicosocial de propósito. El sentido de propósito hace referencia a lograr las metas mediante iniciativa, es decir, la capacidad de la acción conociendo las propias limitaciones. Por tanto, consiste en lograr un equilibrio entre la iniciativa, que es una respuesta positiva ante las situaciones difíciles adquiriendo responsabilidades y habilidades, sin

desarrollar una culpa exagerada. Además, en este estadio tiene lugar la crisis edípica de Freud, de modo que, por un lado, existe la personalidad de un niño con ganas de aprender y probar cosas nuevas, mientras que por otro lado valora los motivos y las acciones del niño y castiga las fantasías sexuales y mala conducta.

En este estadio, mientras poca iniciativa y mucha culpa puede derivar en la tendencia maligna denominada inhibición, un exceso de iniciativa y poca culpa puede llevar a la tendencia maladaptativa denominada crueldad.

En el estadio cuarto o etapa de latencia, que tiene lugar a los seis hasta los doce años, se desarrolla una capacidad de laboriosidad evitando un sentimiento excesivo de inferioridad para llegar a la virtud de competencia. En este momento, comienzan a ‘domesticar su imaginación’ para dedicarse a la educación, donde han de aprender lo que es el éxito. Si el niño no consigue muchos éxitos, puede desarrollar un sentimiento de inferioridad o incompetencia, y no querrá hacer esfuerzos para lograr algo. Esta situación da lugar a la tendencia maligna llamada inercia.

Por el contrario, si adquiere una actitud muy laboriosa, desarrollará la tendencia maladaptativa denominada virtuosidad dirigida, dando lugar a niños prodigios.

El estadio quinto es el de la adolescencia, teniendo lugar desde la pubertad hasta los dieciocho años aproximadamente. En este estadio se logra la identidad del Yo evitando la confusión de roles logrando la virtud de fidelidad, que implica la capacidad para vivir de acuerdo con los estándares de la sociedad pues se encuentra un lugar dentro de la misma.

Por un lado, la identidad yoica hace referencia al conocimiento de quién es la propia persona y su lugar en la sociedad. Se unifica en una imagen de la propia persona en base a la experiencia y el conocimiento de sí misma.

Cuando el sujeto tiene demasiada identidad yoica, es decir, cuando tiene un rol demasiado específico, surge la tendencia maladaptativa de fanatismo, donde no existe la tolerancia. Por otro lado, la falta de identidad lleva a la tendencia maligna denominada repudio. Aquí surge la problemática de no querer pertenecer al mundo adulto o el de no requerir una identidad.

En el estadio sexto referente a la adultez joven, que abarca desde los dieciocho años hasta los treinta aproximadamente, se debe lograr un grado de intimidad sin llegar al aislamiento. Se desarrolla así la virtud del amor, es decir, la habilidad para alejar las diferencias mediante devoción por la parte de todas las personas. La intimidad surge de estar con otras personas teniendo una identidad yoica.

Mientras que si la persona es demasiado abierta y no tiene dificultades para abrirse cae en la tendencia maladaptativa de promiscuidad, en el caso de que se aísle de forma extrema con sus seres queridos, dará lugar a la tendencia maligna de exclusión con un sentimiento de rabia e irritabilidad.

El estadio séptimo o de adultez media tiene lugar en el periodo de crianza de los niños, es decir, entre los veinte y cincuenta años, aproximadamente. En dicho estadio se ha de lograr un equilibrio entre la productividad o generabilidad y el estancamiento para desarrollar la capacidad de cuidar aquello que sirve a la persona durante el resto de su vida.

La productividad hace referencia a la extensión del amor hacia el futuro. Se manifiesta en la preocupación por las siguientes generaciones que se pone en práctica durante la crianza de los hijos o mediante la realización de cualquier actividad útil para otras personas. En cambio, el estancamiento implica no cuidar a nadie ni hacer algo para ayudar o cuidar a otras personas.

Mientras que un exceso de deseo de ser productivos genera la tendencia maladaptativa denominada sobrextensión, muy poca productividad y mucho estancamiento da lugar a la tendencia maligna de rechazo.

El estadio octavo es el de la adultez tardía o madurez, que tiene lugar alrededor de los sesenta años. La tarea de este estadio es lograr una integridad yoica con un mínimo de desesperanza afrontando la muerte sin miedo, de manera que tiene lugar la virtud denominada sabiduría. La integridad yoica implica llegar a los términos del final de la vida del sujeto, aceptando el transcurso de la vida tal y como es, sin temor a la muerte. Cuando el sujeto presume de su integridad yoica sin afrontar las dificultades que implica el hacerse mayor, tiene lugar una tendencia maladaptativa denominada presunción.

Por otra parte, dado que la persona siente que no es útil por las consecuencias de la edad que comienzan a aparecer, surge un miedo a la muerte y desesperanza. Cuando existe mucha desesperanza, tiene lugar la tendencia maligna de desdén, donde no se aprecia la vida.

Otro de los autores a mencionar es Carl Jung, quien divide la psique en tres partes. La primera parte hace referencia al Yo, que se identifica con la mente consciente. Además, se encuentra el inconsciente colectivo, referente a un conocimiento heredado del que no somos conscientes e influye en las experiencias esencialmente emocionales. Dentro del inconsciente colectivo, se encuentran los arquetipos, imagos, o imágenes primordiales o mitológicas, que hacen referencia a tendencias innatas de experimentar las situaciones de una forma determinada. Así, actúan como principios organizadores sobre las cosas que hacemos o vemos, y funcionan como los instintos de Freud (Sandoval, 2012).

Los más representativos son la madre, maná, la sombra, el anima y animus, la persona y el Self, que es el más importante. La persona es en su inicio un

arquetipo que se va asumiendo por parte del sujeto hasta llegar a ser la parte de cada uno que dista del inconsciente colectivo. Es por ello por lo que se encuentra estrechamente relacionada con el desarrollo de la personalidad.

A pesar de que existen muchos arquetipos, el más importante es el Self, que es la última unidad de la personalidad y se simboliza con un círculo. Según el autor, la perfección de la personalidad se alcanza sólo con la muerte (Gautier y Boeree, 2006, p.46).

Cabe destacar que, mientras los psicoanalistas ponen el énfasis en los primeros años de la infancia, las teorías de la tradición del aprendizaje recalcan la importancia del cambio. Es decir, que las experiencias y el aprendizaje son más relevantes e influyentes en el desarrollo.

Al hilo de lo anterior y en base a Allport (1986) y Fierro (1996), la personalidad es fruto de una organización subjetiva de la cultura, los procesos de socialización y la organización de los valores sociales que tiene el individuo. Así mismo, el desarrollo de la personalidad comienza a tener lugar en el nacimiento, pues es una potencialidad de cada individuo. Por tanto, existen varios factores que convergen en la configuración o desarrollo de la personalidad. Además, Allport (1986), sostiene que los materiales en bruto de la personalidad son la constitución física, el temperamento y la inteligencia, denominados como tal porque dependen en gran medida de la herencia recibida. En este punto, cabe mencionar que uno de los primeros investigadores en estudiar el papel de la herencia como determinante de la personalidad fue Cattell (Cloninger, 2003).

En relación con lo mencionado anteriormente, mientras que la parte genética hace referencia a la forma de captar el mundo y la forma de responder ante las situaciones que se le plantean, la parte ambiental es aquella que proporciona elementos de interpretación y formas de respuesta. Las experiencias psicológicas, por su parte, son aquellas referentes a los aspectos

afectivos y sociales y su influencia en cada sujeto, mientras que los valores determinan el comportamiento de los mismos (Carrillo, 2009).

Por todo lo anterior, a pesar de que actualmente no existe un consenso acerca del desarrollo de la personalidad, se puede decir que éste es fruto de la convergencia entre una parte heredada genéticamente y las experiencias psicosociales que se experimentan a lo largo de la vida. Es decir, que se conforma paulatinamente y evoluciona con el tiempo. En este sentido, cabe mencionar que se hace referencia tanto al crecimiento, como al desarrollo y a la maduración.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Allport, G. W. (1961). *Pattern and growth in personality*. New York: Holt, Rinehart & Winston.

Carrillo, B. (2009). *La personalidad infantil. Innovación y experiencia*, (15), 1-8. Recuperado de https://archivos.csif.es/archivos/andalucia/ensenanza/revistas/csicsif/revista/pdf/Numero_15/BEATRIZ_CARRILLO_1.pdf

Cloninger, S.C. (2003). *Teorías de la personalidad*. (3ª ed.). Recuperado de <https://tuvntana.files.wordpress.com/2015/06/teorias-de-la-personalidad-susancloninger.pdf>

Fierro, A. (1996). *Manual de psicología de la personalidad*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Gautier, R. y Boeree, G. (2006). *Teorías de la personalidad. Una selección de los mejores autores del siglo XX*. Santo Domingo: UNIBE.

Riesco, M. (2007). *Desarrollo social y personalidad. Una perspectiva interdisciplinar*. *Innovación educativa*, (17), 93-106. Recuperado de https://ruidera.uclm.es/xmlui/bitstream/handle/10578/8067/Desarrollo_social_y_personalidad.pdf;sequence=1

Sandoval, S.A. (2012). *Psicología del desarrollo humano I*. México: Universidad autónoma de Sinaloa. Recuperado de http://dgep.uas.edu.mx/librosdigitales/5to_SEMESTRE/50_Psicologia_del_Desarrollo_Humano_I.pdf

Smith, M. (1991). *Formación de la personalidad desde una perspectiva cultural y dinámica de la personalidad en situaciones de cambio*. Recuperado de <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/docente/pd-000009.pdf>